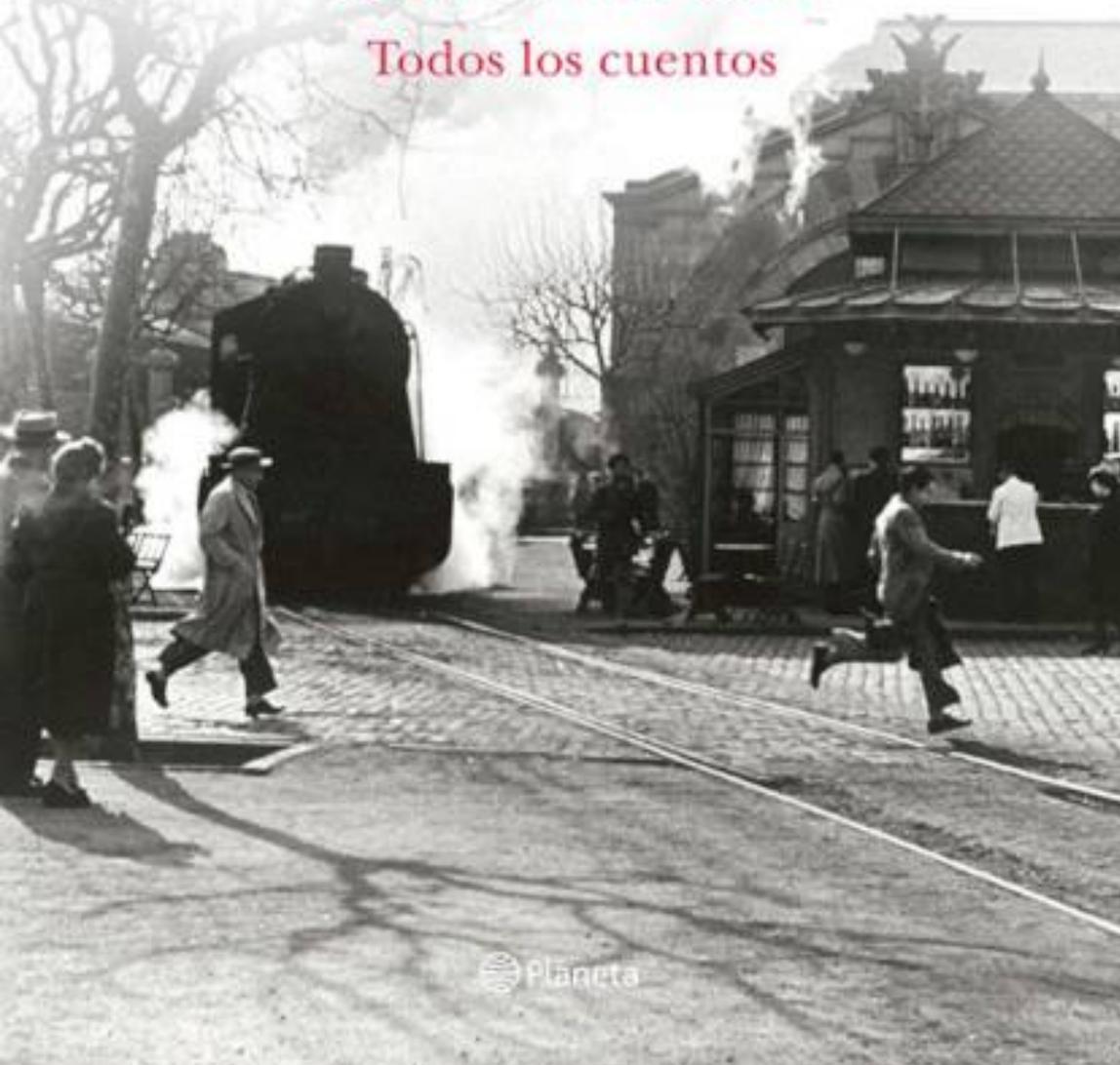


CARLOS RUIZ ZAFÓN

LA CIUDAD DE VAPOR

Todos los cuentos

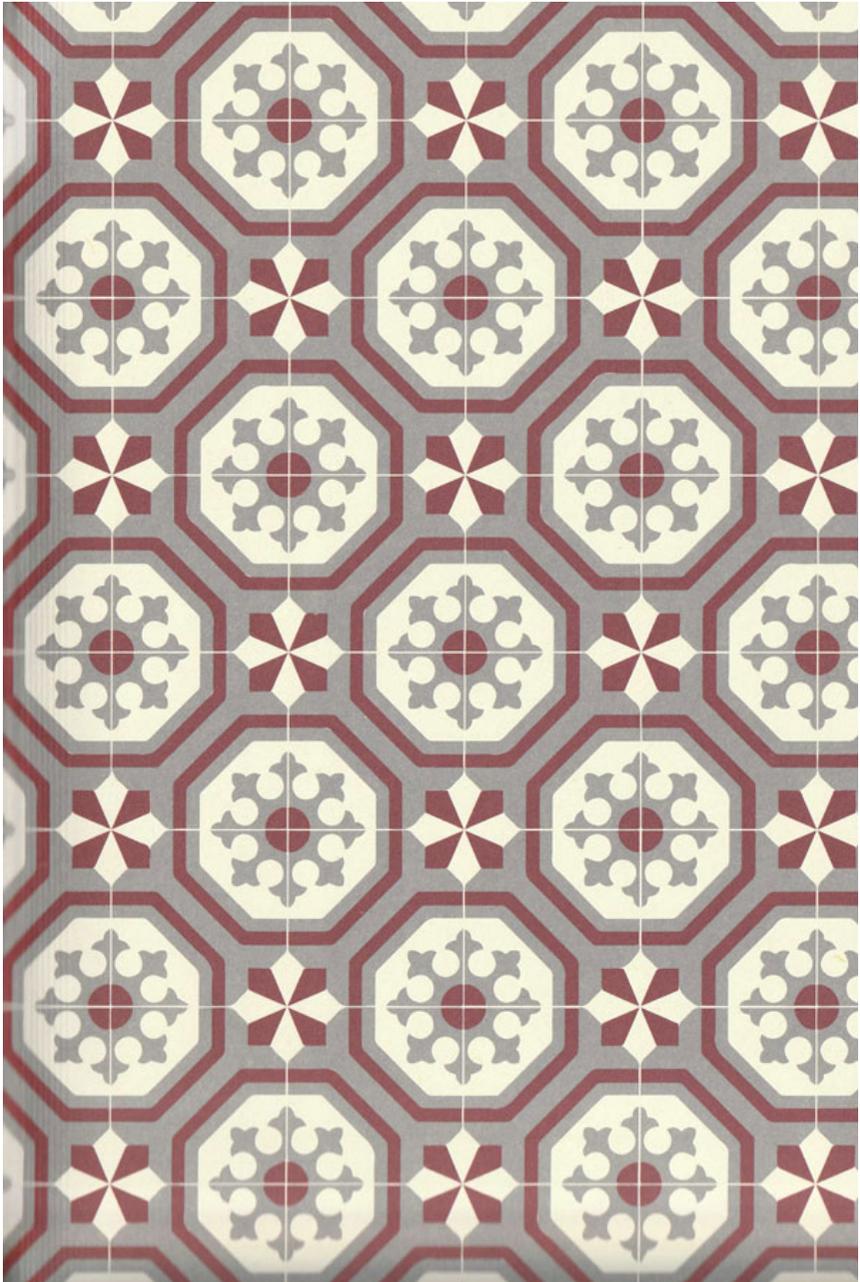


Carlos Ruiz Zafón concibió esta obra como un reconocimiento a sus lectores, que le habían seguido a lo largo de la saga iniciada con *La Sombra del Viento*.

«Puedo conjurar rostros de chiquillos del barrio de la Ribera con los que a veces jugaba o peleaba en la calle, pero ninguno que quisiera rescatar del país de la indiferencia. Ninguno excepto el de Blanca.»

Un muchacho decide hacerse escritor al descubrir que sus invenciones le regalan un rato más de interés por parte de la niña rica que le ha robado el corazón. Un arquitecto huye de Constantinopla con los planos de una biblioteca inexpugnable. Un extraño caballero tienta a Cervantes para que escriba un libro como no ha existido jamás. Y Gaudí, navegando hacia una misteriosa cita en Nueva York, se deleita con la luz y el vapor, la materia de la que deberían estar hechas las ciudades.

El eco de los grandes personajes y motivos de las novelas de *El Cementerio de los Libros Olvidados* resuena en los cuentos de Carlos Ruiz Zafón —reunidos por primera vez, y algunos de ellos inéditos— en los que prende la magia del narrador que nos hizo soñar como nadie.



Al poco, figuras de vapor, padre e hijo se
confunden entre el gentío de las Ramblas,
sus pasos perdidos para siempre en la
sombra del viento.

La Sombra del Viento

NOTA DEL EDITOR

Tras completar la obra de su vida, *El Cementerio de los Libros Olvidados*, con la publicación en noviembre de 2016 de la última novela del cuarteto, *El Laberinto de los Espíritus*, Carlos Ruiz Zafón planeaba que lo siguiente sería reunir sus cuentos en un volumen. Se trataba de poner a disposición de los lectores tanto aquellos relatos que había publicado en formatos diversos, ya fuera en publicaciones periódicas o en separatas que acompañaron ediciones especiales de las novelas, como otros que permanecían inéditos.

A tal fin, confió a este editor los cuentos que aquí verán la luz por vez primera, y le hizo el encargo de recuperar las piezas ya publicadas a lo largo del tiempo para preparar un volumen que no debería ser la mera recopilación de todos sus cuentos. Sin embargo, primero por la cercanía de la publicación del colofón de la tetralogía y luego a causa de la enfermedad del autor, era aconsejable postergar la edición.

Carlos Ruiz Zafón concebía esta obra, amén de su entidad propia, como un reconocimiento a sus lectores, que le habían seguido a lo largo de la saga iniciada con *La Sombra del Viento*. Hoy, debido al carácter póstumo bajo el que se publica, se convierte así mismo en un homenaje de su casa editorial al propio autor, un reconocimiento al que, a buen seguro, se sumarán los lectores de uno de los escritores más admirados de nuestro tiempo.

La Ciudad de Vapor es una ampliación del mundo literario del Cementerio de los Libros Olvidados. Ya sea por el desarrollo de aspectos desconocidos de algún personaje,

ya sea por la profundización en la historia de la construcción de la mítica biblioteca, ya sea porque la temática, los motivos o la atmósfera que envuelve estos relatos resultarán familiares a los lectores de la saga. Escritores malditos, arquitectos visionarios, identidades suplantadas, edificios fantasmagóricos, una plasticidad descriptiva irresistible, la maestría en el diálogo... y sobre todo la promesa de que el relato, el cuento, el mismo hecho de narrar nos llevan a un territorio nuevo y fascinante.

Desde *Blanca y el adiós*, el cuento que inaugura el libro, hasta *Apocalipsis en dos minutos*, a modo de despedida, las historias se van entrelazando a través de la voz narrativa, la cronología o los detalles, para dibujarnos un mundo que se erige pletórico ante nuestros ojos, por más que sea un mundo de ficción, un universo de vapor.

También en cuanto a los géneros literarios, *La Ciudad de Vapor* da muestra de la habilidad con la que Carlos Ruiz Zafón se sirvió de ellos para constituir una literatura propia e inconfundible, en la que identificamos elementos de la novela de aprendizaje, de la histórica, de la gótica, del *thriller*, de la romántica, sin que falte su toque magistral en el relato dentro del relato.

Pero no te entretenemos más, querido lector. Quizá huelgan las explicaciones sobre el grado de valor y reconocimiento alcanzado por la obra de un autor, cuando ese autor ha dado lugar a un adjetivo: cervantino, dickensiano, borgiano... Bienvenido a un nuevo libro —desgraciadamente el último— zafoniano.

ÉMILE DE ROSIERS CASTELLAINÉ

BLANCA Y EL ADIÓS

(De las memorias nunca acontecidas de un tal
David Martín)

1

Siempre he envidiado la capacidad de olvidar que tienen algunas personas para las cuales el pasado es como una muda de temporada o unos zapatos viejos a los que basta condenar al fondo de un armario para que sean incapaces de rehacer los pasos perdidos. Yo tuve la desgracia de recordarlo todo y de que todo, a su vez, me recordase a mí. Recuerdo una primera infancia de frío y soledad, de instantes muertos contemplando el gris de los días y aquel espejo negro que embrujaba la mirada de mi padre. Apenas conservo la memoria de amigo alguno. Puedo conjurar rostros de chiquillos del barrio de la Ribera con los que a veces jugaba o peleaba en la calle, pero ninguno que quisiera rescatar del país de la indiferencia. Ninguno excepto el de Blanca.

Blanca tenía un par de años más que yo. La conocí un día de abril frente al portal de mi casa cuando iba de la mano de una criada que había acudido a recoger unos libros en una pequeña librería de anticuario que quedaba frente al auditorio en obras. Quiso el destino que la librería no abriese aquel día hasta las doce del mediodía y que la doncella acudiese a las once y media, dejando una laguna de espera de treinta minutos en los que, sin sospecharlo yo, iba a quedar sellado mi destino. De haber sido por mí nunca me habría atrevido a cruzar una palabra con ella. Su atuendo, su olor y su ademán patricio de niña rica blindada de sedas y tules no dejaban duda alguna de que aquella criatura no pertenecía a mi mundo, y yo aún menos al suyo.

Nos separaban apenas metros de calle y leguas de leyes invisibles. Me limité a contemplarla como se admiran los objetos consagrados en una vitrina o en el escaparate de uno de esos bazares cuyas puertas parecen abiertas, pero que uno sabe que nunca cruzará en la vida. A menudo he pensado que, de no ser por la firme disposición que tenía mi padre respecto a mi aseo personal, Blanca nunca hubiese reparado en mí. Mi padre era de la opinión de que había visto suficiente roña en la guerra como para llenar nueve vidas y, aunque éramos más pobres que un ratón de biblioteca, me había enseñado de muy pequeño a familiarizarme con el agua helada que brotaba, cuando quería, del grifo del lavadero y a aquellas pastillas de jabón que olían a lejía y arrancaban hasta los remordimientos. Fue así como, a sus ocho años recién cumplidos, un servidor, David Martín, aseado pelagatos y futuro aspirante a literato de tercera fila, consiguió reunir la entereza de espíritu para no desviar la mirada cuando aquella muñeca de buena familia posó sus ojos en mí y sonrió tímidamente. Mi padre siempre me había dicho que en la vida a la gente había que corresponderle con la misma moneda con que le pagaban a uno. Él se refería a bofetadas y demás desplantes, pero yo decidí seguir sus enseñanzas y corresponder a aquella sonrisa y, de propina, añadir un leve asentimiento. Fue ella la que se aproximó despacio y, mirándome de arriba abajo, me tendió la mano, un gesto que nunca nadie me había ofrecido, y me dijo:

—Me llamo Blanca.

Blanca tendía la mano como las señoritas en las comedias de salón, palma abajo y con la languidez de una damisela parisina. No caí en la cuenta de que lo adecuado era inclinarme y rozarla con los labios, y al rato Blanca retiró la mano y enarcó una ceja.

—Yo soy David.

—¿Eres siempre tan mal educado?

Andaba yo trabajando en una salida retórica con la que compensar mi condición de palurdo plebeyo con un alarde de ingenio y chispa que salvase mi perfil cuando la doncella se aproximó con aire de consternación y me miró como se mira a un perro rabioso que anda suelto por la calle. La doncella era una mujer joven de semblante severo y ojos negros y profundos que no me guardaban simpatía alguna. Tomó a Blanca del brazo y la retiró de mi alcance.

—¿Con quién habla usted, señorita Blanca? Ya sabe que a su padre no le gusta que hable usted con extraños.

—No es un extraño, Antonia. Este es mi amigo David. Mi padre le conoce.

Me quedé petrificado mientras la doncella me observaba de reajo.

—¿David qué?

—David Martín, señora. Para servirla a usted.

—A Antonia no la sirve nadie, David. Es ella la que nos sirve a nosotros. ¿Verdad, Antonia?

Fue apenas un instante, un gesto que nadie hubiera advertido excepto yo, que la estaba mirando atentamente. Antonia lanzó una ojeada breve y oscura a Blanca, una mirada envenenada de odio que me heló la sangre, antes de encubrirla con una sonrisa resignada y de sacudir la cabeza quitándole importancia al asunto.

—Críos —masculló por lo bajo, retirándose de regreso a la librería, que ya estaba abriendo sus puertas.

Blanca hizo entonces ademán de sentarse en el peldaño del portal. Incluso un pardillo como yo sabía que aquel vestido no podía entrar en contacto con los materiales innobles y recubiertos de carbonilla con que estaba construido mi hogar. Me quité el chaquetón remendado de parches que llevaba y lo extendí en el suelo a modo de alfombrilla. Blanca se sentó sobre la mejor de mis prendas y suspiró, contemplando la calle y a las gentes pasar. Antonia no nos quitaba el ojo de encima desde la puerta de la librería, y yo hacía como que no me daba cuenta.

—¿Vives aquí? —preguntó Blanca.

Señalé a la finca contigua, asintiendo.

—¿Y tú?

Blanca me miró como si aquella fuese la pregunta más estúpida que hubiese oído en su corta vida.

—Claro que no.

—¿No te gusta el barrio?

—Huele mal, es oscuro, hace frío y la gente es fea y hace ruido.

Nunca se me había ocurrido resumir el que era mi mundo conocido de tal modo, pero no encontré argumentos sólidos con que contradecirla.

—¿Y por qué vienes aquí?

—Mi padre tiene una casa cerca del mercado del Born. Antonia me trae a visitarle casi todos los días.

—¿Y dónde vives tú?

—En Sarriá, con mi madre.

Incluso un infeliz como yo había oído hablar de aquel lugar, pero lo cierto es que nunca había estado allí. Lo imaginaba como una ciudadela de grandes caserones y avenidas de tilos, lujosos carruajes y frondosos jardines, un mundo poblado de gentes como aquella niña, pero más altos. Sin duda el suyo era un mundo perfumado, luminoso, de brisa fresca y ciudadanos bien parecidos y silenciosos.

—¿Y cómo es que tu padre vive aquí y no con vosotras?

Blanca se encogió de hombros, apartando la mirada. El tema parecía incomodarla y preferí no insistir.

—Es solo durante una temporada —añadió—. Pronto volverá a casa.

—Claro —dije, sin saber muy bien de qué estábamos hablando, pero adoptando ese tono de conmiseración de quien ya nace derrotado y tiene la mano rota para recomendar resignación.

—La Ribera no está tan mal, ya lo verás. Te acostumbrarás.

—No me quiero acostumbrar. No me gusta este barrio, ni la casa que ha comprado mi padre. No tengo amigos aquí.

Tragué saliva.

—Yo puedo ser tu amigo, si quieres.

—¿Y quién eres tú?

—David Martín.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Supongo que soy alguien que tampoco tiene amigos.

Blanca se volvió y me miró con una mezcla de curiosidad y reserva.

—No me gusta jugar al escondite ni a la pelota —advirtió.

—A mí tampoco.

Blanca sonrió y me volvió a tender la mano. Esta vez hice mi mejor esfuerzo por besarla.

—¿Te gustan los cuentos? —preguntó.

—Es lo que más me gusta en el mundo.

—Sé algunos que muy poca gente conoce —dijo—. Mi padre los escribe para mí.

—Yo también escribo cuentos. Bueno, me los invento y me los aprendo de memoria.

Blanca frunció el ceño.

—A ver. Cuéntame uno.

—¿Ahora?

Blanca asintió, desafiante.

—Espero que no sea de princesitas —amenazó—. Odio las princesitas.

—Bueno, sale una princesa... pero es muy mala.

Se le iluminó el rostro.

—¿Cómo de mala?

Aquella mañana Blanca se convirtió en mi primera lectora, mi primera audiencia. Le conté como mejor pude mi relato de princesas y brujos, de maleficios y besos envenenados en un universo de hechizos y palacios vivientes que reptaban por los páramos de un mundo de tinieblas como bestias infernales. Al término de la narración, cuando la heroína se hundía en las aguas heladas de un lago negro con una rosa maldita en las manos, Blanca fijó para siempre el rumbo de mi vida al derramar una lágrima y murmurar, emocionada y desprendida de aquel barniz de señorita de buena casa, que mi historia le había parecido preciosa. Habría dado la vida porque aquel instante no se hubiera desvanecido jamás. La sombra de Antonia extendiéndose a nuestros pies me devolvió a la prosaica realidad.

—Nos vamos ya, señorita Blanca, que a su padre no le gusta que lleguemos tarde a comer.

La doncella la arrebató de mi lado y se la llevó calle abajo, pero yo le sostuve la mirada hasta que su silueta se perdió y la vi saludarme con la mano. Recogí mi chaqueta y me la enfundé de nuevo, sintiendo el calor y el olor de Blanca sobre mí. Sonreí para mis adentros y, aunque solo fuese por unos segundos, comprendí que por primera vez en mi vida era feliz y que, ahora que había probado el sabor de aquel veneno, mi existencia nunca volvería a ser igual.

Aquella noche mi padre, mientras cenábamos pan y sopa, me miró con severidad.

—Te veo diferente. ¿Ha pasado algo?

—No, padre.

Me acosté pronto, huyendo del humor turbio que traía mi padre. Me tendí a oscuras en el lecho pensando en Blanca, en las historias que deseaba inventar para ella, y

me di cuenta de que no sabía dónde vivía ni cuándo, si acaso, iba a volver a verla.

Pasé los días siguientes buscando a Blanca. Tras el almuerzo, tan pronto mi padre caía dormido o cerraba la puerta de su dormitorio y se entregaba a su particular olvido, yo salía y me dirigía hacia la parte baja del barrio para recorrer los callejones estrechos y oscuros que rodeaban el paseo del Born con la esperanza de encontrarme a Blanca o a su siniestra doncella. Llegué a aprenderme de memoria cada recoveco y cada sombra de aquel laberinto de calles cuyos muros parecían converger unos contra otros para cerrarse en un entramado de túneles. Las viejas rutas de los gremios medievales trazaban una retícula de corredores que partían de la basílica de Santa María del Mar y se entrelazaban en un nudo de pasajes, arcos y curvas imposibles en los que la luz del sol apenas penetraba unos minutos al día. Gárgolas y relieves marcaban los cruces entre antiguos palacios en ruinas y edificios que crecían unos sobre otros como rocas en un acantilado de ventanas y torres. Al atardecer, exhausto, regresaba a casa justo cuando mi padre acababa de despertarse.

Al sexto día, cuando empezaba a creer que había soñado mi encuentro, enfilé la calle de los Mirallers hacia la puerta lateral de Santa María del Mar. Una neblina espesa había descendido sobre la ciudad y se arrastraba por las calles como un velo blanquecino. El pórtico de la iglesia estaba abierto. Fue allí donde vi, recortadas sobre la entrada al templo, la silueta de una mujer y una niña vestidas de blanco que, un segundo después, la niebla envolvió en su abrazo. Corrí hacia el lugar y entré en la basílica. La corriente de aire arrastraba la niebla al interior del edificio y un manto fantasmal de vapor flotaba sobre las filas de bancos de la nave central prendido de la lumbre de las velas. Reconocí a Antonia, la doncella, arrodillada en uno de los confesionarios con gesto de contrición y súplica. No me cabía duda de que la confesión de aquella arpía debía de tener el tono

y consistencia del alquitrán. Blanca estaba esperando sentada en uno de los bancos con las piernas colgando y la mirada perdida en el altar. Me aproximé al extremo del banco y ella se giró. Al verme se le iluminó el rostro y sonrió, haciéndome olvidar de golpe los días interminables de miseria que había pasado intentando encontrarla. Me senté a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Venía a misa —improvisé.

—No es hora de misa —rio.

No tenía ganas de mentirle y bajé la mirada. No hizo falta que le dijese nada.

—Yo también te he echado de menos —dijo—. Pensaba que te habrías olvidado de mí.

Negué. La atmósfera de nieblas y susurros me armó de valor y decidí soltarle una de aquellas declaraciones que había confeccionado para uno de mis cuentos de magia y heroísmo.

—Yo nunca me podría olvidar de ti —dije.

Eran palabras que hubieran resultado huecas y ridículas, menos en voz de un chaval de ocho años que tal vez no sabía lo que decía, pero lo sentía. Blanca me miró a los ojos con una rara tristeza que no pertenecía a la mirada de una niña, y me apretó la mano con fuerza.

—Prométeme que no te olvidarás nunca de mí.

La doncella, Antonia, aparentemente libre ya de pecado y lista para reincidir, nos contemplaba con inquina desde la entrada a la fila de bancos.

—¿Señorita Blanca?

Blanca no apartó la mirada de mí.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Una vez más la doncella se llevó a mi única amiga. Las vi alejarse por el pasillo central de la basílica y desaparecer por la puerta posterior que daba al paseo del Born. Esta vez, sin embargo, una punta de malicia impregnó mi me-